

# La Intención

Quien ha jugado mucho al billar sabe lo que es *el toque*, ese instante maravilloso que precede al tiro donde todo el recorrido de la bola encaja con absoluta claridad, desde la mano, pasando por el taco, hasta los agujeros de la mesa. Cuando sientes *el toque* sólo ves el objetivo; entonces atacas la bola y sabes que meterla en la tronera es algo irremediable. Estos flechazos de inspiración son lo que los flamencos llaman duende o la tan codiciada y avariciosa musa del arte.

Y yo me pregunto si esto del *toque* no llegará también hasta las artes que yo practico, las marciales. Curioso. Entiendo que quien catalogó un día lo marcial como género artístico lo hizo en un sentido formal, es decir, más como un conjunto de conocimientos, un sistema elaborado susceptible de ser aprendido, que como el arte que tenía aquella cantando coplas. Y, sin embargo, cuando hablamos de artes marciales es en el otro ámbito, en ese sentido emocional de lo artístico, donde aparece nuestro propio *toque*. Existe, claro que sí, y es experiencia, aunque se conoce en determinadas situaciones como *anticipación* o *antepercepción*.

La *anticipación* o *antepercepción* es de nuevo un instante maravilloso, casi mágico, un vacío en la guardia de nuestro adversario que somos capaces de detectar, o el movimiento telegrafiado de alguien inexperto que nos invita a atacar. No se trata de un pensamiento, lento y pesado, sino de un destello que nos impulsa hacia el otro, hacia nuestro objetivo. Antes de valorar si seremos efectivos en nuestra defensa o si debemos entrar o no, ya hemos entrado y golpeado al oponente.

Así de bien funciona *el toque*. Pero, así son las cosas, hay algo en él que no me acaba de convencer. ¿Qué ocurre cuando nuestra musa no aparece en medio de un combate? ¿Qué pasa si a mí no me viene y mi contrario sí? ¿Y si el contrario es más listo que yo y me engaña con un amago falso? Que tendería a defender algo que no se produciría y abriría un hueco en mi guardia. Las consecuencias para mí serían muy negativas. Tanto que se me ocurre que no puedo fiarme sólo de mi inspiración en medio de una pelea. Sería poco menos que un suicidio. ¿Qué hacer pues?

Me viene a la memoria un artículo más que interesante que encontré hace mucho tiempo en una revista de artes marciales. Se titulaba *Intención Emocional*. Aún me acuerdo porque su lectura me dejó fascinado, por lo que leí y por lo que pude comprobar después. Lo escribía un practicante de no sé qué estilo que contaba cómo su maestro, al que había ido a buscar al aeropuerto, atravesó la terminal dejando tras de sí un rastro de gente muy parecido a la cuña de agua que deja la quilla de un barco al avanzar. Lo más importante era que su maestro no caminaba con una marcada agresividad, ni el gesto duro, o algo parecido sino, muy al contrario, lleno de tranquilidad y cargado de lo que él llamaba *intención emocional*. Todas las personas que encontraba a su paso, decía el alumno, se apartaban de él sin apenas darse cuenta.

Después de leerlo, lo siguiente que hice fue ponerlo en práctica, en plena Gran Vía, en los pasillos del metro, daba lo mismo, ¡siempre funcionaba! Excepto, por supuesto, cuando me encontraba de frente a alguien llenito de intención como yo. Para mi sorpresa, años más tarde comenté esta experiencia con gente de la escuela que también la había puesto en práctica, con idéntico resultado.

La intención es un arma muy poderosa. Yo la utilizo en mi entrenamiento, aunque me funciona mejor, ignoro el porqué, en la defensa que en el ataque. Diría que en la defensa, al principio, resulta eficaz en un ochenta o un noventa por ciento de las veces. El resto son los puños que llegan y que uno tiene que encajar si quiere llegar hasta un noventa y nueve por ciento, cifra nada despreciable y de la cual yo no pasaría en términos de confianza.

Pero, sin duda, lo mejor que tiene es que funciona por sí sola. La intención no requiere de mi pensamiento. Este es, de hecho, un elemento que la bloquea y la desplaza ocupando su lugar. Un gesto cargado de intención es mucho más placentero que eso; es dejarse caer al vacío con la mente en blanco. El vacío es, en este caso, mi oponente, la inmensa incertidumbre que representa para mí. Todas las posibles reacciones de su movimiento se llenan con mi intención. Al final no es más que un juego que se acaba convirtiendo en una verdadera adicción, si es que todo lo que implica lanzarse al vacío no lo es.

En el contexto de la clase y del entrenamiento, la intención va moldeando el dibujo de los brazos, la cuña protectora y sin la cual es muy difícil penetrar en la guardia del adversario. Además, enseña de dónde proviene el impulso físico del movimiento: un puño lleno de intención no se agota en el puño, ya que es todo el cuerpo el que golpea. Cuando proyecto mi intención sobre el otro, no la localizo en un punto determinado –aunque también podría hacerse-. Es más simple. La proyecto, literalmente, en el otro.

Ahora, desde una cierta perspectiva, contemplo las sesiones en las que a pesar de haber sudado la camiseta no sale nada, me atasco con todo, y comprendo que la culpa no es del cansancio físico, ni mental. Mucho menos de mi compañero. En esas clases he perdido lo más importante... me basta con recuperarlo.